

HISTORIAS DE ABUELAS

BLANCA DÍAZ: “SIEMPRE ESTAMOS CON EL DESEO, LA NECESIDAD Y LA ESPERANZA DE ENCONTRARLA”

SU HIJO, EDGARDO ROBERTO GARNIER, Y SU NUERA VIOLETA GRACIELA ORTOLANI, EMBARAZADA DE 8 MESES FUERON SECUESTRADOS DURANTE LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR ENTRE DICIEMBRE DE 1976 Y FEBRERO DE 1977 EN LA CIUDAD DE LA PLATA, PROVINCIA DE BUENOS AIRES. SU NIETA DEBIÓ HABER NACIDO EN ENERO DE 1977.

“No neguemos nada; no afirmemos nada; esperemos”.
Joseph Ernest Renan

Por Luciana Guglielmo

Esperar. Según la definición del diccionario “tener esperanza de conseguir lo que se desea”. La espera está ligada a los sentimientos más íntimos y profundos y tiene que ver con aquellos anhelos que se pretenden, que en algún momento de la vida se hagan realidad. Todos los seres humanos, en algún momento de la vida, esperan. Un cambio de actitud, una sonrisa, una propuesta, una llegada, un milagro.

Las Abuelas de Plaza de Mayo son un grupo de mujeres ejemplares que no han dejado de esperar con paciencia, parafraseando al periodista José María Pasquini Durán, han enseñado la acción de *aguardar*. Ese caminar desentrañando misterios, corriendo las piedras del sendero y todo gracias a la fe y al amor que les tienen a sus hijos, y a los hijos de sus hijos a quienes aguardan con los brazos abiertos para contarles su historia. Ese *aguardamiento* que supieron enseñar a la sociedad es lo que las mantiene en pie a la espera de que los nietos vuelvan de una vez y para siempre a casa.

Muchas tuvieron la suerte de abrazar a sus pequeños y mirarlos a los ojos, algunas se han ido sin conocerlos y muchas otras de ellas aún siguen en la búsqueda. Mirar las sonrisas de los nietos recuperados es motivo más que suficiente para seguir luchando y esperando a aquellos jóvenes que aún no conocen su verdadera historia. Blanca Díaz de Garnier, es una de esas tozudas mujeres que espera desde hace exactamente 32 años a su nieta nacida en cautiverio.

Espera entre recuerdos, que le provocan un profundo dolor, y con la esperanza del encuentro y el abrazo inter-

VIOLETA ORTOLANI “ERA UNA CHICA BONITA, CALLADITA, SIEMPRE SONRIENTE”, AFIRMA BLANCA

minable. Esta Abuela de 78 años se define como una mujer tranquila, humilde y de buen carácter. Le encanta cantar folklóre y tango. Sus favoritos: *Malena* y la zamba *La dejé partir*. Le encanta el teatro y actualmente forma parte de un grupo organizado para realizar obras y eventos. También en sus ratos libres escribe, es su “forma de expresarse”, dice. Recita alguna que otra de sus poesías con esa voz dulce y calma. Vive en la ciudad que la vio nacer: Concepción de Uruguay, en la provincia de Entre Ríos.

Su infancia y adolescencia

“Éramos una familia humilde, con padres maravillosos”, afirma. Tuvo una infancia feliz, su casa siempre estuvo re-



Blanca en su casa, espera ansiosa a su nieta.

pleta de gente. Sin ir más lejos, eran siete hermanos. Todos ayudaban en lo que podían. Su padre fue un obrero del que se siente plenamente orgullosa. Lo recuerda honrado y trabajador. A su madre la define como “pura bondad”. Estuvieron juntos toda la vida y afirma que formaban un matrimonio muy feliz. Durante esos años, los domingos se reunía todos en familia. Su papá tocaba el bandoneón y todos cantaban. Como a ella, le gustaban los tangos y el folklóre.

Los años pasaron y el amor golpearía la puerta. A los 19 años conoció al que cuatro años más tarde se convertiría en su marido. Se cruzaron en el mercado. Él trabajaba allí porque el papá tenía carnicería y “mirada va, mirada vie-

BLANCA DICE QUE CONTARÍA A SU NIETA QUE LOS PADRES QUE TUVO FUERON EXCELENTES

ne” se enamoraron. Se casaron y al tiempo llegaron los hijos: Edgardo y Silvia.

Edgardo

Cuando se le pregunta a Blanca por su hijo Edgardo, no puede evitar que se le quiebre la voz “que te puedo decir, jera todo!”, afirma sollozando. “Él solo quería estudiar y saberlo todo”, recuerda. Terminó el colegio a los 16 años y algún

tiempo más tarde se iría a La Plata a estudiar Ingeniería. “Le encantaba el fútbol, era de Independiente y ¿Saben qué hacía?, miraba el partido por televisión, lo escuchaba por la radio y tenía los libros abiertos, ¡todo al mismo tiempo!”, cuenta Blanca con nostalgia y cierta admiración. Ella le decía que así era imposible concentrarse y Edgardo sin embargo nunca se sacó una nota baja. Lo recuerda como un buen compañero, era la luz de los ojos de su marido. Y todos los días, desde que se fue, su ausencia le duele como el primer día.

Violeta

Violeta Ortolani “era una chica bonita, calladita, siempre sonriente”, afirma

Blanca. Nació el 11 de octubre de 1953. A los tres años quedó huérfana y la crió una tía. Era oriunda de Bolívar, en la provincia de Buenos Aires y también se había ido a estudiar a La Plata en su adolescencia. Allí fue donde conoció a Edgardo. Para poder mantenerse, trabajaba en una clínica pediátrica en

“LE ENCANTABA EL FÚTBOL, ERA DE INDEPENDIENTE Y ¿SABEN QUÉ HACÍA?, MIRABA EL PARTIDO POR TELEVISIÓN, LO ESCUCHABA POR LA RADIO Y TENÍA LOS LIBROS ABIERTOS, ¡TODO AL MISMO TIEMPO!”

esa ciudad. Al poco tiempo de noviar, se casaron y vivieron juntos en Tolosa. Ellos tenían ideales de un mundo mejor, como tantos jóvenes de aquella época y fue así que tuvieron una participación activa y comenzaron a militar en Montoneros. Colaboraban en el comedor de una villa. Al poco tiempo Violeta quedó embarazada. Se la llevaron cuando estaba haciendo compras el 14 de diciembre de 1976. Entonces estaba embarazada de ocho meses. Después de que se la llevaran, Edgardo hizo muchas averiguaciones, buscó por cielo y tierra a su mujer y luego regresó a su pueblo en Entre Ríos. Cerca de la fecha probable de parto, emprendió nuevamente la búsqueda. Se despidió diciendo que iba a buscar a su hijo. Y no se supo más nada de él. Desapareció el 8 de febrero de 1977. Según cuenta Blanca, tuvieron la información de que Violeta había dado a luz a una niña.

Emprender la búsqueda

A la familia Garnier se le vino el mundo abajo. Comenzó el peregrinaje en Buenos Aires y en La Plata por ministerios, iglesias, hospitales, destacamentos y sólo el silencio fue la respuesta a tanta angustia. En aquel caminar se encontraron con otras Madres y Abuelas que estaban pasando por la misma situación y a medida que pasaban los días se enteraban de que la situación por la que estaba atravesando el país no era nada fácil. A pesar de los años transcurridos, Blanca afirma que la angustia que aún siente es mucha, y que el recuerdo de su hijo está intacto. Sueña con el encuentro, espera que su nieta algún día aparezca y la abraza fuerte, “siempre estamos con el deseo, la necesidad y la esperanza de encontrarla”. Cuando se le pregunta sobre qué haría si la tuviera enfrente, Blanca afirma que le contaría todo, que los padres que tuvo fueron excelentes, humildes y pensantes”. A Blanca no le deja de emocionarla imaginar en ese momento.

La nieta de Blanca hoy no conoce su verdadera historia o tal vez tenga dudas sobre su identidad. Pero de lo que no hay ninguna duda es que Blanca esperará a que la vida le dé la oportunidad del encuentro.